

XII ANIVERSARIO DEL PONTIFICADO DE S.S. JUAN PABLO II

Catedral de La Habana, 20 de octubre de 1990

Excelentísimo Sr. Pro Nuncio de Su Santidad en Cuba, Querido Arzobispo, Queridos hermanos:

Quisiera comenzar estas reflexiones en el duodécimo aniversario del pontificado de Juan Pablo II, haciendo un «acercamiento» a la persona del Papa, a sus propósitos y a su forma concreta de actuar. Y para hacerlo, nada mejor que recorrer aquellas –como líneas programáticas– que se propuso a sí mismo al subir a la Cátedra de Pedro, en su primera Homilía el 22 de octubre de 1978.

Dijo entonces Karol Wojtyła, ex arzobispo de Cracovia en Polonia, elegido Papa el 16 de octubre: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo...» y continuó diciendo: «Hoy aquí, en este lugar, es necesario pronunciar y escuchar de nuevo las mismas palabras. Sí, hermanos e hijos, ante todo estas palabras porque en ellas está la Fe de la Iglesia. En ellas está la verdad última y definitiva sobre el hombre...».

Entonces el Papa se propuso tres líneas de actividad que concentraban todo lo que, poco a poco, ha ido desplegando en líneas de fiel desarrollo, de lo que, unos años antes, el Concilio Vaticano II había propuesto a la Iglesia de nuestro tiempo. Entre esas líneas sobresalía el esfuerzo por la justicia, la paz y la libertad. Y decía textualmente hace doce años: «Pretendemos dedicarnos a la consolidación de las bases espirituales sobre las cuales debe apoyarse la sociedad humana. Este deber nos resulta tanto más fuerte, cuanto más perduran las desigualdades e incomprendiones que son, a su vez, causa de tensiones y conflictos en no pocas partes del Mundo, con la ulterior amenaza de catástrofes más terribles... Debemos tender –sigue diciendo el Santo Padre– a esto: que todas las formas de injusticia que se manifiestan en este nuestro tiempo se sometan a la consideración común, se les busque de verdad remedio y que así todos podamos llevar una vida digna del hombre».

Frente a este horizonte de urgentes e importantes tareas, largo anhelo del hombre de todos los tiempos, el Papa exclamaba para finalizar aquella misma Homilía: «Hermanos y hermanas, ¡ayuden al Papa! Rueguen por mí. ¡Ayuden para que pueda servirlos! Amén».

Hacer ahora un recuento de estos doce años de pontificado, resulta imposible. Tomemos entonces, aprovechando la ocasión que nos convoca y el marco de las lecturas bíblicas de la liturgia del día, alguna de las pistas, de las innumerables pistas que enmarcan la tarea de este hombre, con razón llamado Peregrino de la Fe.

Qué bueno es unir nuestras voces en una sola, para alabar el nombre santo de Dios, glorificándolo por el don de la Fe. Y qué gran bendición es el don de la Fe, el don de conocer y creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, porque el don de la Fe ilumina los ojos de nuestro corazón (*Ef 1, 18*) concediéndonos una nueva visión de la vida, de los hermanos y de los acontecimientos.

Y es que todo acontecimiento humano asume una nueva perspectiva, cuando sabemos que Dios es nuestro Padre y que vela amorosamente por cada uno de nosotros, con bondad, con comprensión, y habiendo sido marcados con el Espíritu Santo prometido, mediante el bautismo y la confirmación se nos envía a vivir nuestra Fe, a ponernos al servicio de los demás, como testigos y como hermanos, a construir un mundo mejor.

La primera respuesta a la Fe es el agradecimiento, la gratitud a Dios, que se realiza, sobre todo, en el mayor acto litúrgico de la Iglesia: la Eucaristía. Pero la Fe que hemos recibido como un don tiene que ser vivida. El propio Señor Jesús, en la parábola de los talentos, nos pide que hagamos producir los dones que nos entrega, y el apóstol Santiago nos manifiesta que la Fe sin obras es muerta (*St 2, 17*). Este es el punto de partida de toda vida cristiana y este es también el punto de partida del Santo Padre. Es la fuerza que lo ha inspirado y lo ha convertido en el Peregrino de la Fe.

Los textos bíblicos que acabamos de escuchar nos llaman a un discernimiento. No basta tener la intención de caminar, hay que saber, además, en qué dirección se ha de marchar. Estamos en una nueva era histórica, que exige de nosotros claridad para ver, lucidez para diagnosticar y solidaridad para actuar...

Discernir los signos de los tiempos, discernir los caminos de Dios, comprender que Dios no puede ser reducido a una opción política concreta, por tentadora que aparezca, aunque el Evangelio tenga una ineludible resonancia política y se nos exija la encarnación como parte esencial de nuestro compromiso eclesial, no es tarea fácil en el orden personal. Muchísimo menos cuando casi mil millones de cristianos, que viven en distintas regiones, bajo distintos regímenes sociales, con diversas condiciones económicas y diferentes culturas, esperan la palabra orientadora que señale la dirección correcta, el rumbo adecuado que hay que imprimir al timón de la nave de la Iglesia.

A veces no resulta tan claro dar al César la moneda material que lleva su imagen impresa, y darle a Dios al hombre, que es Su imagen y que, en última instancia, solo a Dios se debe. El César, Dios, el hombre, serán los elementos que se moverán constantemente, en el ámbito de la preocupación del Papa; de este y de todos los Papas, desde Pedro a Juan Pablo II.

En la lucha por liberar al hombre de poderes alienantes, Dios llevará de la mano también, así son sus caminos de misteriosos, y así nos lo recordará el profeta Isaías en la primera lectura escuchada hoy, a personas que –como Ciro el César–, aun sin conocer a Dios, son declaradas por Él como ungidos, es decir, elegidos para su Plan.

Hace hoy exactamente doce años, Juan Pablo II, al comenzar su pontificado, hizo un llamamiento al mundo: «Abran las puertas al Redentor». Según sus propias palabras, fue algo que le vino a los labios espontáneamente. Luego lo eligió como lema y guía de la celebración del Año Santo extraordinario. Pero la frase ha sido algo más que un lema, ha sido como el espíritu que ha acompañado su peregrinar constante: abrir puertas, abrir brazos, abrir corazones al Redentor. Ciertamente, Juan Pablo II ha sido, es, un hombre de brazos abiertos, un hombre de corazón abierto, porque ha sido un Mensajero del Amor. De ese amor que es salir al encuentro del otro, desarmados de prejuicios y de violencias, viendo en él el rostro de Cristo, respetando su unicidad absoluta... Es salir al encuentro del otro asumiendo una actitud de escucha y de disponibilidad, libres de los propios egoísmos que puedan impedir ver en el otro una persona distinta y singular, con su propia historia... Es acercarse al otro con respeto, sin imponerse, sin violentarlo... y esa actitud, ese «estilo» solo puede lograrse cuando se tienen los brazos abiertos, el corazón abierto, como Jesús en la Cruz, hasta estar dispuestos a dar, como Él, la vida por los demás.

Abrir las puertas, abrir los brazos, abrir el corazón para ver que allí, en lo más íntimo de cada hombre, hay como una espera, la espera del Amor. Porque cada ser humano tiene en sí una fuerza espiritual que no proviene de sí mismo y que le hace esperar, siempre, un mundo mejor. Y esta fuerza no puede ser ahogada, no puede ser encerrada ni

domesticada por nadie. Estará allí, ignorada tal vez por nosotros mismos, silenciada por el temor, pero allí estará, siempre presente, en constante espera, colocada allí por Dios.

Y este incansable Peregrino de la Fe se ha encontrado, a lo largo de estos doce años, con millones de hombres y mujeres de todas las latitudes del planeta, quienes se sienten muchas veces amenazados por una sociedad que no han elegido, que no han ayudado a construir, pero que sin embargo forman parte de ella, con responsabilidades crecientes, sociedades que parecen enloquecer al movilizar todas sus energías para lanzarse a lo que puede constituir su propia destrucción. Estos hombres y mujeres buscan una palabra de aliento en este Mensajero del Amor, una esperanza para el camino... y el infatigable viajero ha ido llevando a todos los rincones del planeta, con su calor de hermano, razones para la espera, caminos para la acción.

«No basta denunciar, hay que hacer, hay que comprometerse en primera persona, unidos a todos los hombres de buena voluntad, en la construcción de un mundo que sea realmente a la medida del hombre, más aún, a la medida de los hijos de Dios...» Son palabras de Juan Pablo II a los jóvenes en la Plaza de San Pedro en Roma, y un poco más adelante, en el mismo encuentro, les añadiría: «La verdadera fuerza está en Cristo, el Redentor, abrioles las puertas del corazón». Este será, no solo el punto central de aquel discurso, sino una vuelta al punto de partida de su pontificado, de todo su quehacer al frente de la Iglesia.

Abrir las puertas a Cristo, abrir el corazón a Cristo, acogerlo como compañero y guía en el camino de la vida, será, ya lo hemos dicho, más que una consigna, una frase hecha o un eslogan, un estilo de vivir la Fe. «Nuestra Fe nos enseña que la iniciativa salvadora de Dios se concreta en el misterio de Cristo Redentor, Reconciliador, que libera al hombre del pecado en todas sus formas, personales y sociales. En efecto, ya la misma persona de Jesús es una reconciliación, porque en Él se reconcilian el hombre y Dios. Reconciliar es lo esencial en la Misión de Jesús y hacer esta Reconciliación viable, es misión de la Iglesia».

Como haciendo honor al nombre que asumió al llegar a la Cátedra de Pedro, el Papa ha dado a su misión pontificia un carácter profundamente misionero, y como Pablo el apóstol de las naciones, ha tomado sobre sus hombros la pesada tarea de viajar continuamente, a diferencia de los Papas anteriores que se reclusían en la ciudad del Vaticano. Juan Pablo II, por el contrario, es un Papa viajero; su intensa movilidad viene a ser la puesta en práctica de aquel grito inicial de su ministerio pontificio, al que nos hemos estado refiriendo: «Abran las puertas al Redentor» y, por otra parte, viene a ser cabalmente, el cumplimiento de la orden de Jesús a Pedro: «Y tú confirma a tus hermanos...» (Lc 22, 32).

Sembrar la palabra del Evangelio, fortalecer la fe de los creyentes en todo el mundo, vincular más estrechamente a toda la Iglesia para mantenerla unida en una única Fe, alentar a las comunidades cristianas en medio de las dificultades que padecen en algunas regiones de la Tierra, orientar –desde cerca– concretamente, con la luz del Evangelio, las distintas circunstancias por las que atraviesa un pueblo... todo eso es propósito del Papa en sus múltiples viajes, en el fondo de los cuales hay una clara actitud de servicio, semejante a la del Maestro, que siente como una permanente inquietud misionera que le impide permanecer mucho tiempo en un solo sitio, y hace casi dos mil años le decía a los apóstoles: «Vayamos a otra parte a predicar también en las poblaciones vecinas...» (Mc 1, 38-39) y fue predicando en las sinagogas, plazas y caminos de Galilea. O como el apóstol Pablo, que escribía en sus cartas a los cristianos de Corinto: «El amor de Cristo nos urge», «Ay de mí si no evangelizo...».

Pero esta actitud de Juan Pablo II que ha alcanzado la cúspide del trayecto que ya habían comenzado a recorrer –en menor escala– sus predecesores en la silla de Pedro, es manifestación de una conciencia que la Iglesia ha ido adquiriendo en estos últimos tiempos, cada día con mayor intensidad.

En efecto, desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia de Dios cobra una conciencia verdaderamente aguda, casi dramáticamente aguda, de su condición esencialmente evangelizadora. Cabría preguntarse qué se entiende por evangelizar. Sabemos bien que la salvación que Jesús vino a traer a los hombres es una salvación integral, que lo incluye todo y que debe llegar a todos, porque, de una forma u otra, todo y todos hemos quedado contaminados por el pecado y todo y todos necesitamos de la Redención. Por eso, la salvación que Jesús realiza se refiere al hombre entero: alma y cuerpo, individuo y sociedad, tiempo y eternidad, tierra y cielo... o dicho de otro modo: dimensión divina y dimensión humana del acto redentor.

Esa primera dimensión, la humana, podríamos llamarla evangelización en un sentido restringido. Mientras que a la otra podríamos llamarla promoción humana, desarrollo, liberación. En el primer aspecto, la finalidad es cristianizar al hombre, en el segundo, el propósito es humanizarlo. Ambos aspectos son inseparables.

El magisterio de Juan Pablo II no podía omitir lo referente a esas cuestiones, habitualmente llamadas sociales, y quedarse solamente en la otra dimensión del problema del hombre. Ya en su discurso a los cardenales que lo habían escogido, el 17 de octubre de 1978, el Papa presentaba como uno de los aspectos en los que quería desarrollar su misión, la lucha contra las desigualdades, las injusticias y la discriminación, que ponen en tensión, decía entonces, a la sociedad humana. Todo el hombre, todos los hombres eran, desde el inicio, preocupación del Santo Padre, que quiere contribuir, con su esfuerzo, al reordenamiento de las cosas para bien de la Humanidad...

Por esta razón, cada viaje misional que ha emprendido ha sido un momento especialmente intenso, de esa evangelización completa, por la que el Papa ha indicado a la Humanidad el camino que lleva a la salvación eterna y ha proclamado, al mismo tiempo, la forma de construir un mundo mejor, una historia digna de la condición humana.

Abarcar todos los múltiples aspectos de la actividad del Santo Padre en estos años desbordaría totalmente el horizonte de estas breves reflexiones. Sin embargo, no quisiera dar término a las mismas, sin hacer al menos referencia a otras dos notas que caracterizan su Pontificado. Me refiero a su devoción a la Santísima Virgen y su preocupación e interés manifiesto por los jóvenes.

Desde el blasón episcopal, que es como lema para su vida toda, desde los primeros pasos en su ministerio como sucesor de Pedro al frente de la Iglesia, Wojtyła dio claras muestras de una intensa devoción a María, como testimoniando con hechos aquello de «Todo Tuyo» del escudo, símbolo y definición de su pontificado. De ahí que en aquel 17 de octubre de 1978, cuando terminó la concelebración con los cardenales, luego de su elección, en la Capilla Sixtina, al dirigir a la Iglesia y al Mundo su primer Mensaje, lo concluyera diciendo: «En esta gran hora que hace temblar, no podemos menos que dirigir, con filial devoción, nuestra mente a la Virgen María, que siempre vive y actúa como Madre, en el misterio de Cristo y de la Iglesia, repitiendo las dulces palabras «Todo tuyo» que hace veinte años escribimos en nuestro corazón y en nuestro escudo, con motivo de nuestra ordenación episcopal». El rezo del «ángelus» cada domingo con una breve homilía; la recomendación del rezo del rosario; la visita a los santuarios marianos, y la

continua referencia a la Madre de Jesús y de la Iglesia, marcan con un sello propio el pontificado de Juan Pablo II.

Poco después de asumir la Cátedra de Pedro, concretamente el 8 de noviembre de 1978, el Papa tuvo su primer encuentro con miles de jóvenes en la Basílica de San Pedro... Desde entonces, un fenómeno social que no tiene parangón en el mundo, los encuentros del Papa con los jóvenes, que en todos los rincones del planeta se han repetido con iguales características de adhesión, entusiasmo y comunión entre él y ellos, constituyen la otra nota característica del pontificado de Juan Pablo II.

Como haciéndose eco del Mensaje final de los Obispos reunidos en el Concilio Vaticano II, quienes dirigieron sus palabras finales a los jóvenes del mundo, el Santo Padre tiene –por así decirlo– preferencia por la juventud, y en aquella ocasión les dijo: «El Papa quiere a todos, a cada hombre y a todos los hombres; pero tiene preferencia por los jóvenes, porque ellos tenían lugar de preferencia en el corazón de Jesús, que deseaba estar con los niños y departir con los jóvenes; a los jóvenes dirigía en especial su llamamiento y a Juan –el apóstol más joven– lo había hecho su predilecto. Son los jóvenes la promesa del mañana. Son la esperanza de la Iglesia y de la sociedad...». Pero, claro, no cualquier juventud puede poseer en sí esta condición de ser esperanza de un mundo mejor, sino una juventud a la que el Papa le propone «tres ideas, como brújula para el camino...»: Buscar a Jesús. Amar a Jesús. Dar testimonio de Él. Todo un programa de vida para los jóvenes. Buscarlo, jóvenes y no tan jóvenes, porque hoy, menos que nunca, nos podemos quedar en una Fe superficial, sin compromiso con todo el hombre y con todos los hombres... Buscarlo, porque es necesario llegar a una convicción clara y cierta de la verdad de la propia Fe cristiana.

Amar a Jesús, jóvenes y no tan jóvenes, porque es una persona viva siempre, y siempre presente entre nosotros. Amarlo, en la Eucaristía, presente en su Iglesia y presente, de modo muy especial, en los que sufren... Dar testimonio de Jesús con una Fe valiente. El mundo estima y respeta la valentía de las ideas y la fuerza de la virtud. Y explicitaba el Papa: «No tengan miedo de rechazar palabras, gestos, actitudes, no conformes con el ideal cristiano. Sean valientes para oponerse a todo lo que destruye su inocencia o desflora la lozanía de su amor a Cristo. Buscar a Cristo, amarlo, dar testimonio de Él. Sea este el afán de la juventud. Esta es la consigna que les dejo.»

En estos tiempos difíciles del mundo, y, por qué no decirlo, de la Iglesia, agradezcamos a Dios el tener, en la persona del Papa Juan Pablo II, un vigoroso y permanente predicador de la verdadera Fe, quien constantemente, a través de discursos y documentos, ha procurado que el Pueblo de Dios resista las voces de las falsas ideas, las palabras de los maestros engañosos... Agradecer a este viajero incansable, mensajero del Amor, su presencia en medio de los hombres para recordarnos que «la nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre; la época de los humanismos y los antropocentrismos, y sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto a su identidad y a su destino; la época del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados; la época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes...» y el propio Juan Pablo añade a modo de explicación: «Podemos decir que es la paradoja inexorable del humanismo ateo. El drama del hombre amputado de una dimensión esencial de su ser, el absoluto, y puesto así, frente a la peor reducción del mismo ser...».

Gracias, Señor, por habernos dado, en tu Providencia infinita, un Pastor para estos tiempos. Un Pastor que nos recuerde constantemente que, si Cristo es la Luz y esa Luz se

rechaza, no queda otro destino para el hombre que el caminar en tinieblas. Gracias porque nos enseña con su propia vida, que Cristo es el Camino y, si ese camino se rehúsa, no queda al hombre otro camino que la perdición.

Termino, con palabras del propio Juan Pablo II: «El servicio de la Iglesia y del hombre se amplía cada vez más, y pide al Papa hacerse presente donde quiera que lo reclamen las exigencias de la Fe y la afirmación de los verdaderos valores humanos. Para confirmar esta Fe cristiana y para promover estos valores, el Papa se pone en camino por los caminos del mundo...».

A este infatigable viajero, a este Peregrino de la Fe, unidos a todos los hombres de buena voluntad, en el duodécimo aniversario de su pontificado, ¡Gracias!